



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

AGO - OCT DE 2016

Número 165

Donativo \$7.00 M.N.



¡Debe Reinar en nuestras familias!

Amadísimos hermanos lectores de nuestro pequeño Boletín, ¡Paz y Bien!

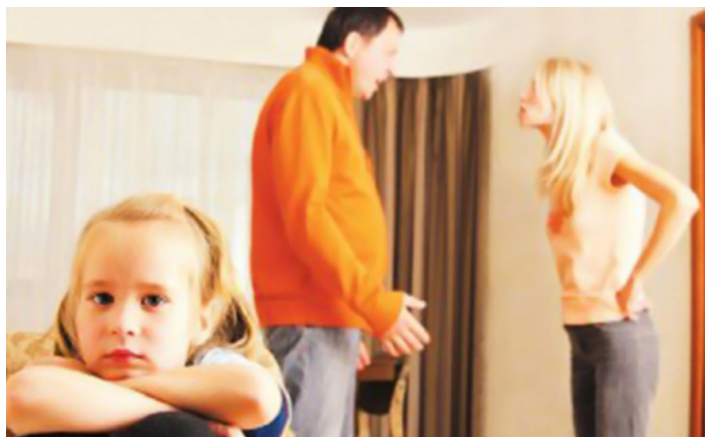
Este presente número del mes de octubre se complace en proclamar, como cada año, la excelente Realeza de Cristo Rey, pero ahora lo hacemos de una manera especial, examinando nuestras conciencias sobre cómo es acogido en nuestras familias, ¡en nuestros hogares católicos...!

¡Ah! hermanos del alma, difícil es el problema que vamos a exponer.

Si alguien buscase una frase corta con qué suscitar todos los espíritus malignos, todo el caos, el dolor, el sufrimiento, la maldición, la tragedia de nuestra época, habría de pronunciar la siguiente frase: “Moderna vida de familia.” Cuando se escuchan estas quejas de todo ser humano que se preocupa por el porvenir de la humanidad, se puede

sacar la conclusión de aquella sentencia del Divino Señor: “Es forzoso que haya escándalos”; pero que el escándalo sea diario, algo de costumbre como el bocado de pan; que millares de millares de hombres, ricos y pobres, instruidos y analfabetos, lo tengan por manjar de cada día, esto ya es anormal, ¡es la señal aterradora, nos dice Monseñor Tihamer Toth, del desmoronamiento de la sociedad! Porque no hemos de olvidar mis queridísimos hermanos: que los pueblos se forman de las familias y perecen también con las familias. Este mal no es únicamente en el ambiente de los que no tienen fe, ¡no! El espíritu de destrucción toca, golpea y abre rendijas hasta en las puertas de las familias católicas. Cuántas parejas de jóvenes católicos se acercan a recibir el Sacramento del matrimonio sin verdadero amor en su corazón de darle a Dios

los hijos que su Providencia les depare. Desgraciadamente es sólo una pasión sin amor que no lleva la raíz de la fidelidad; viven sin hijos, sin familia, o tienen hijos sin



el debido cuidado que deben tener los padres de formarlos para gloria de Dios y salvación de sus almas. ¡Qué tremenda responsabilidad ante Nuestro Señor y frente a la sociedad!

No hay problema más angustioso que la crisis de la vida familiar. Y, sin embargo, el buen Padre de los cielos “todo” lo dio a su Divino Hijo; y si todo le ha sido dado, entonces pertenece a Cristo también la familia. En la familia nace la vida, tanto corporal como espiritual; en la familia se desarrolla la vida moral y religiosa, como la inmoral y degradada. Todo depen-

de de la familia. Del seno de la familia sale la generación honrada, con-
cienzuda, trabajadora, ideal, de alma pura... y de ahí también salen los criminales, los descreídos, los vagabundos, los de alma contaminada...

¡Es terrible el desmoronamiento de las familias! ¿Dónde en-

contrar remedio? ¿Dónde? Levantemos los ojos y elevemos el corazón hacia la casita de Nazaret de donde sale la armonía; la vida de la Sagrada Familia es vida de fe, caridad, fidelidad... También es la fe la moraleja

que sacamos del ejemplo de las Bodas de Caná.

Lo mismo enseña Nuestro Señor Jesucristo con su ejemplo. De los treinta y tres años de su vida mortal, el Hijo de Dios vivió treinta años en el hogar silencioso de sus padres. ¿Puede haber una recomendación mayor del bien doméstico? La predicación más necesaria de nuestros

días es la siguiente: ¡Hombres, amad vuestros hogares! Padres, madres, jóvenes, ¡saboread y amad la dulce armonía del hogar!

San José con la Santísima Señora reina de aquel hogar santo, ¿que nos enseñan? ¡La fidelidad! Cumpliendo uno y otro el deber de su es-

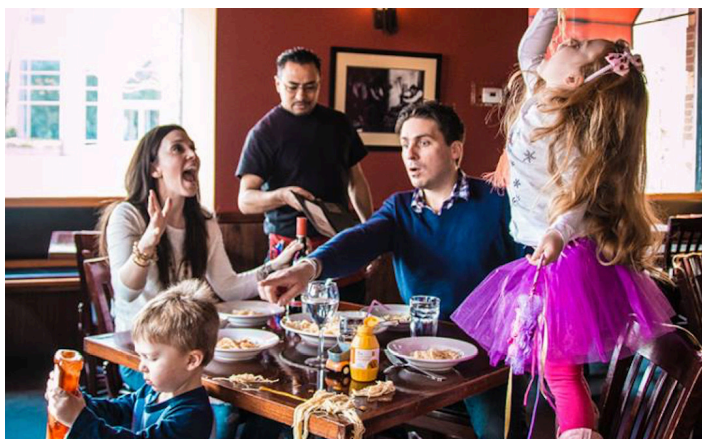


tado, exhalando la paz, el amor y la armonía con el olor de sus santas virtudes en torno suyo. ¡Casita de Nazaret! ¡Unión de armonía perfecta, hogar rebosante de dichas! ¿Dónde encontraremos hoy semejante prodigio de un hogar dichoso en medio de este mundo oscuro, en este mundo de un frío glacial y de lucha tan espantosa?

Aceptamos, es verdad, que en nuestro tiempo actual la vida moderna está muy distante de la de

en Roma en una asamblea revolucionaria, en que uno de sus oradores pronunció un solemne discurso en honor de Lucifer, jefe de los espíritus rebeldes. En medio del discurso se oyó este grito: “¡Viva Satanás!” Y cinco mil gargantas repitieron: “¡Ha muerto Dios, viva Satanás!”

Nos espanta esta terrible blasfemia, y desgraciadamente los errores malignos de los espíritus infernales que tomaron posesión



otras épocas; nuestra vida moderna es muy difícil, es caótica. Y el problema es el mencionado al principio de nuestro artículo: si los esposos católicos por el Sacramento del santo bautismo no lo viven en su realidad... ¡no puede existir orden ni en las familias, ni en la sociedad! ¡Eh ahí el grave problema! Nuestro Cristo Rey no puede reinar en los hogares católicos y por lo tanto, tenemos una sociedad sin Dios.

¿Quién es Cristo para nosotros?

Recordemos un hecho escalofriante del año 1880 que sucedió

de estos hombres sin Dios, han infectado con el virus gangrenoso del veneno de sus desordenes, el aire que respiramos aun en los hogares más humildes. Viven sin Dios y contra Él no sólo los grandes magnates que en su soberbia creen poder prescindir de su Divina Majestad, sino también los más ordinarios cristianos que ponen al margen de sus vidas la influencia de Nuestro Señor y de su ley.

¡Cuántas cosas ha hecho la humanidad contra Dios! La revolución francesa quiso destruir a Dios;

hizo un manifiesto diciendo que ya no se necesitaba a Dios. ¿Esta necedad nos asombra? Y, sin embargo, ¿qué otra cosa son los innumerables horrores de la época que nos ha tocado vivir, sino el

cumplimiento del decreto revolucionario de su promulgación a toda la humanidad? ¿Ha causado acaso más estragos la revolución francesa que los sucesos contemporáneos cuando al enemigo de nuestra alma se le celebra en cultos satánicos? ¡Cuántas cosas ha intentado la humanidad contra de Dios!... y todo en vano.

El Romano Pontífice Pío XI, dejó escuchar su voz en una amonestación: “Hombres volved a Cristo, a quien Dios le dio un nombre que está sobre todo nombre: ‘no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos’”.

Individuos, ¡volved a Cristo! Sociedades, ¡volved a Cristo! Naciones, ¡volved a Cristo! Vida de familia, vida política, vida económica, vida moral, ¡volved a Cristo nuestro Rey! Prensa, teatro, cine, literatura, fábricas, bancos, industria, comercio, ¡volved a Cristo! ¡Hombres, pereceréis si no acatáis por REY a JESUCRISTO!



Todo fiel cristiano debe proclamar con santa emoción la realeza del Rey Pacífico que vino cual manso cordero a difundir la santa paz de su Corazón Sagrado en este suelo sobre las almas de buena voluntad. Y todo aquél que tiene su alma en orden ante el Señor, difunde paz y alegría. La floración más hermosa de la vida cristiana precisamente demuestra a los hombres que para la verdadera alegría, no se necesita el pecado, la vida frívola, ni el desenfreno de la inmoralidad. Puede el católico ser tan duro consigo mismo, tan mortificado como nuestro Padre San Francisco, y con todo, sentir su alma inundada de gran felicidad, como saturada estaba el alma de este Santo que hablaba con los peces y acariciaba al lobo feroz del bosque que nadie pudo domar sino la santidad de esta alma angelical. La alegría del alma se refleja al exterior, y en nuestro mundo moderno cuando se vive con precipitación en todos los



movimientos de actividad, no se refleja en el rostro del ser humano sino angustia, desesperación y tristeza, imagen viva de la infelicidad. Si en el hogar no se difunde el amor de Cristo, ¿cómo se puede gozar de una sociedad donde reine la paz de Dios? Necesitamos a Cristo: sin Él, la vida nos perturba, sin Él, desfallecemos bajo el peso del sufrimiento. Necesitamos a Cristo; sin Él, se desmorona la familia, sepultando a toda la sociedad humana. Necesitamos a Cristo; si Él nos falta, corremos a segura y completa ruina.

¡Nuestro Señor Jesucristo! A los dos mil años de su muerte no

se le olvida: todavía es odiado y todavía es amado. Pero este Jesús no es solamente hombre. Por muy grande, bueno, noble o malo que sea un hombre, pasadas algunas semanas, algunos meses o años después de su muerte, ¿quién le quiere o le odia aún? Si acaso se conserva su recuerdo, pero ¿quién le odiará? ¿Quién odia hoy a Nerón que tanta sangre hizo correr, y a tantos otros que causaron abominables males a la humanidad? Y, sin embargo, todos ellos vivieron más tarde que Cristo. No importa, han muerto y con esto se acaba el odio. O bien: ¿quién ama a los héroes nacionales? Sin embargo, se les rinde homenaje a su memoria, pero ¿se los ama?

Por otra parte, Cristo es amado y odiado aún hoy. ¡Cuántos hombres desalmados blasfeman cuando escuchan hablar del Cristianismo! ¿No está a la vista cuánto es perseguida la religión de Cristo? En miles de libros, de conferencias, de periódicos y poesías se propala un odio satánico a Cristo, un odio que hace escarnio de su doctrina y quiere exterminar su amor en las almas. ¿No es odio a Cristo la manifiesta frivolidad moderna y pagana? ¿No sabemos los misterios de odio que llenan las logias masónicas! El que es odiado con tal intensidad aun después de dos mil años, no es solamente hombre.

A pesar de la crisis de fe que sufrimos los católicos, ¡Cristo es también amado! Se ven millares de niños cuyo corazón empieza a latir con vehemencia al oír hablar del Niño Jesús. Hay también millares de hombres cuyo corazón salta con más fuerza, cuya alma se eleva al oír pronunciar el Santísimo Nombre del Cristo que nos ha dado la vida eterna y cuyo reino no tendrá fin. Y, sin exceptuar, ¡cuántas exclamaciones podríamos escuchar de labios de los hombres en los trances difíciles de la vida: “¡Jesús mío, por Ti!” En cuántas almas temerosas de Dios, se escucha decir: ¡grande es la ten-



tación pero no pecaré, porque te amo, dulce Jesús! Hay jóvenes que en la flor de su edad visten el velo monacal y desprecian los goces te-

renos, por el amor de Jesús. Y, entre jóvenes varones, no faltan quienes depositen todo el entusiasmo de su corazón en el altar del obispo que consagra, y exclaman: “Señor, abdicó por tu amor, de toda gloria, fama y carrera humana; ¡todo lo dejo por seguirte a Ti, mi buen Jesús!” Y si después de dos mil años de su muerte todavía es amado con tal fervor, no puede ser meramente hombre.

Por lo tanto, ¿qué es Jesucristo el Hijo de Dios Padre que quiso venir al mundo por obra y gracia del Espíritu Santo y se Encarnó en el seno Inmaculado de la siempre Virgen María? ¿Qué es para nosotros este Hombre que nos ha amado tanto y quiso morir ignominiosamente en una cruz, ser tratado como un malhechor, que se hizo pecado para sacarnos del abismo en que yacía la humanidad?



¿Podemos decir que es un simple hombre después de darse todo entero, no únicamente con su Cuerpo y Sangre, sino su misma divinidad, quedándose en el Sacramento Eucarístico hasta la consumación de los siglos para no dejarnos huérfanos, sin su amparo y protección?

Jesús es para nosotros una realidad viva; una vida que aún continúa, en la cual vivimos; está en nosotros; su vida divina nos acompaña y no podemos librarnos si por parte nuestra quisiéramos separarnos, ya que Él ve todo lo más oculto de nuestro ser. Entonces... ¿qué es este Hombre Divino para nosotros? Escuchemos este relato.

El año 1927, una sociedad distinguida reunióse entre las ruinas del coliseo de Roma. La reina de Italia y sus hijas, el ministro italiano de instrucción pública, todas las personas distinguidas de Roma, un gentío inmenso... ¿Qué pasaba? Se celebraba una fiesta en honor de la

Santa Cruz, poco antes restablecida y repuesta en el Coliseo. Mientras el pueblo con la cabeza inclinada, rezaba en la arena del circo empapada de la sangre de los mártires, los aviones arrojaban una lluvia de flores sobre la cruz de Cristo. Ésta se levantaba triunfalmente dominando a la muchedumbre. ¡Sobre la cruz de Cristo...!

Sí, hay alguien que es amado aún en su muerte. Hay alguien cuya tumba no se ha enfriado al cabo de dos mil años.

Hay alguien cuyo recuerdo se renueva día tras día en el corazón de millones de adictos.

Hay un Hombre cuyas huellas, impresas hace dos mil años, son pisadas por millones y más millones de devotos que no se cansan de pisarlas.

Hay un Hombre que murió hace mucho tiempo, cuyas palabras las más insignificantes, resuenan aún en torno nuestro.



Hay un Hombre ignominiosamente asesinado, que hace dos mil años, está pendiente del patíbulo y recibe el continuo homenaje de millares que constantemente doblan sus rodillas y no se sonrojan



los tiene aún hoy por millares.

En fin, hay un Hombre..., ¡eres Tú, dulce Jesús, que nos has bautizado, y nos has sostenido en los combates de la vida, que has perdonado nuestros pecados, que nos

de besar sus pies ensangrentados.

Hay un Hombre azotado, crucificado, que se propuso tener apóstoles y mártires, y los tuvo y

has alimentado con tu Cuerpo Sacratísimo...! Por eso proclamamos públicamente desde el fondo de nuestro corazón:

¡Cristo es nuestro Dueño y Señor! ¡Cristo es nuestro Dios adorado, Cristo es nuestro Rey!

¡¡Cristo Vence... Cristo Reina... Cristo Impera!!

Todos nuestros fieles están invitados a la solemne peregrinación el último domingo de octubre; su partida a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe se efectuará de la Plaza de Santo Domingo. En el atrio de la Basílica se dará la bendición por el Excmo. Señor Ob. Mons. Tissier. De ahí partirán a El Vergel para la celebración de la solemne Santa Misa Pontifical. Salida de la Peregrinación, a las 8 a.m.

¡VIVA CRISTO REY!

Noticias del Vergel

Participamos a todos nuestros amigos, fieles y benefactores de las gracias con que el buen Dios nos ha visitado.

El 25 de junio hubo la Toma de Hábito de dos nuevas Hermanas. La ceremonia fue presidida por el R.P. Donatien Lethú y la asistencia de algunos de nuestros Sacerdotes del Distrito. Con la concurrencia de familiares de las nuevas Novicias Sor Ma. Verónica del P.S.M.F. (en el siglo, Hna. María Cantero Fernández) y Sor Ma. del Sagrario del P.S.M.F. (en el siglo, Hna. Julieta Ma. José Vanegas Guiscafré). Sin faltar, amigos y fieles de nuestra Iglesia. El 28 de agosto al 3 de septiembre nos fue predicado el retiro



anual por el R.P. Rodrigo Fernández, Sacerdote mexicano que actualmente radica en el Priorato de Guadalajara, Jalisco. Fue una predicación muy sorprendente y agradable, acerca de la elección de los Apóstoles

hasta el martirio de cada uno. De verdad fue admirable el conocimiento que se nos impartió en la predicación, ¡Gracias Padre!, y que la ilustración del Espíritu Santo siga alimentando la sabiduría en su entendimiento para gloria de Dios y bien de las almas.

El 8 de septiembre tuvimos la visita de Su Excelencia Reverendísima Mons. Alfonso de Galarreta, que se dignó llevar a cabo la ceremonia religiosa de la Profesión Perpetua de Sor Ma. Pacífica del P.S.M.F. y Sor Ma. de San Miguel del P.S.M.F. con la Santa Misa Solemne de tres Ministros. Bendito sea Dios por gracias tan singulares con las cuales favorece a esta pequeña familia de El Vergel, participando a todos cuantos viven unidos a la



Obra del Desagravio de las Mínimas Franciscanas. Pedimos sus oraciones suplicando al Cielo gracias de perseverancia hasta el fin para nuestras pobrecitas almas, y el crecimiento en el amor, agradecimiento y correspondencia a la bondad que ha tenido nuestro buen Dios por habernos dado el inmenso privilegio de la vocación en este camino de consagración a Él sin merecerlo. Que así sea y de nuestra parte oramos por todos Uds., agra-



decidiéndoles su ayuda pecuniaria con la cual continuamos sosteniendo nuestras necesidades materiales. Dios les pague con la vida eterna como lo ha prometido.

*¡Sea para gloria
de Dios!*



“No ofendan más a Nuestro Señor,
que ya está muy ofendido...
Rezad el Rosario todos los días”.